

«No,» contestó Syra, sonriéndose; «no es lo mismo.» Las amonestaciones que nuestro grande apóstol nos dirigió dicen: «Siervos estad sumisos a vuestras amos con todo amor i respeto no tan solo a los apacibles i buenos, sino tambien a los de mala condicion. (4)» Esto es muy lejos de decir que mi ama es uno de estos; pero vos, señora, sois demasiado bondadosa i amable conmigo. ¿Donde estaría mi cruz si viviera en vuestra compañía? ¿No sabéis qué fudole tan soberbia i tan voluntariosa es la mía! i temeria por mí misma sino sufriera algunos trabajos i humillaciones.

Inés estaba ya casi pronta a ceder, pero cada vez mas ansiosa de adquirir este tesoro de virtud replicó. «Veo, Syra, que ninguna razon dirigida a tu propio interés te convencerá; yo necesito tenerte a mi lado para que tus consejos i ejemplo me pongan en el buen camino. Esta es una súplica egoísta; pero no obstante no me la negarás.»

«Egoísta no seréis nunca señora; i por eso apeio a vos misma de vuestra súplica. Conocéis a Fabiola i la amais. ¿Qué alma tan noble es la suya! i de qué claro i cultivado entendimiento está dotada; ¡qué raras prendas, talentos, i habilidades no posee; si solamente las iluminase la luz de la verdad! ¡Con qué vigilante esmero guarda esa perla de las virtudes cuyo valor nosotras únicamente sabemos apreciar! ¡Qué verdadera i excelente cristiana pudiera ser!»

«Continua, por amor de Dios,» exclamó Inés llena de ansiedad: «¿I tienes esperanza de que llegues a serlo?»

«Esa es mi oracion mañana i noche; ese es el pensamiento que mas me preocupa; ese mi principal objeto; esa la ocupacion de mi vida. Procuraré atraerla por la paciencia, por la constancia i aun por medio de discusiones, si bien raras como las que hemos tenido hoy. I cuando haya agotado todos los recursos, me queda aun uno de reserva.»

«¿Cuál es?» preguntaron ámbas.

«Dar mi vida para obtener su conversion. Bien sé que una pobre esclava como yo tiene pocas oportunidades de alcanzar la palma del martirio; pero se dice que va a principiar una nueva i mas feroz persecucion que acaso no desdenará estas humildes víctimas. Sea lo que Dios quiera, he puesto en sus manos mi vida por su conversion. No os interpongais, pues; amable señora mía,» exclamó echándose a los pies de Inés i bañando sus manos en lágrimas «entre mí i mi conquista.»

«Has vencido Syra hermana, (i no vuelvas jamas a llamarme señora) dijo Inés, tanta rectitud i sencillez de corazon, tan jenerosa virtud tienen necesariamente que triunfar. Eres demasiado sublime para una esfera tan inferior como la de mi casa.»

«I yo por mi parte,» añadió Cecilia con picarezca gravedad, «lo que digo es que hoy ha dicho una cosa muy mala i otra que no es cierta.»

«¿I qué cosa es? querida mía» preguntó Syra sonriendo. «Dijiste que yo era mas cuerda i mejor que tú, porque rehusé comer no sé que insignificante delicado manjar que hubiera lisonjeado mi paladar pero haciéndome caer en el pecado de gala, mientras que tú has sacrificado tu libertad, tu dicha, el libre ejercicio de tu religion i aun has hecho voto de sacrificar tu vida por la salvacion de quien te tiraniza i atormenta. ¿No te avergüenzas de haberme dicho tal cosa!»

En esto vinieron a avisar que la litera de Inés estaba aguardando a la puerta. El que hubiera

presenciado la afectuosa despedida de las tres, la noble dama, la esclava i la ciega mendiga, habria exclamado, como muchos otros ántes: «Mirad como se aman unos a otros estos cristianos.»

(Continuará.)

REMITIDOS.

Un cura modelo.

El sacerdote verdaderamente cristiano es el agente mas poderoso de la mejora moral de los pueblos i de la civilizacion en todas sus faces. El modera las costumbres, instruye a su grey i le procura consuelos i dicha con la enseñanza práctica de las virtudes; él es, en fin, ejemplo i maestro i apóstol! Esta benéfica influencia se hace sentir todavia mas, i produce resultados mas asombrosos, en los pueblos atrasados.—Con razon se ha dicho que la religion es la primera inspiracion de las sociedades i su educadora. Cuando el hombre no tiene aun nociones completas de sus deberes i derechos,—cuando aun no comprende sus relaciones con el universo i las ventajas de su equidad i la santidad de la justicia, una fuerza superior le hace como presentir i respetar estas verdades—es la religion conservada en depósito sagrado por ciertos hombres a quienes el sentimiento de la virtud, de la verdad i de lo infinito llama fuera del mundo i sus miserias. Estos hombres se abstraen de los goces de la tierra, se consagran a la meditacion i al estudio—abnegados se sacrifican por el bien ajeno, se hacen superiores a nuestros pequeños intereses i a nuestras pasiones ruines. Se concibe, pues, cuán grande es la influencia que les da su virtud, i por qué han podido contener el crimen desbordado i armado del poder, saliéndole al frente con un valor superior al humano i que solo Dios ha podido infundir. Solo la religion ha podido domar al salvaje sin destruirlo—solo la religion ha podido abatir al tirano i hacerle deponer su tirania sin necesidad de armas ni de sangre—solo la religion sabe hacernos felices en medio de nuestras aflixiones i por nuestras aflixiones! Oh! cuán jenerosa, cuán divina es vuestra mision, sacerdotes católicos!—Cuánto lo es principalmente en un país como el nuestro, en que nuestro pueblo es ignorante i miserable, en que está todavia embrutecido por la antigua servidumbre i carece de todos los recursos morales e intelectuales del hombre civilizado.

He aquí las reflexiones que nos ha sujerido la contemplacion del reducido pueblito de Vergara, escondido entre las inmensas arrugas de nuestra cordillera, al N. O. de Bogotá, pueblito pobre i privado casi de toda comunicacion con el mundo, pero que posee el mejor tesoro, el de un cura virtuoso i sabio, lleno de una bondad inagotable, de un deseo único e incesante, el de hacer el bien de sus semejantes. La casualidad, o en un lenguaje mas piadoso, diremos que la Providencia nos llevó allí para edificarnos; para hacernos gozar ese placer inefable que inspira la presencia de la virtud. El señor cura de Vergara Dr. Modesto Fernández es un hombre no solo consagrado absolutamente al exacto cumplimiento de sus deberes, sino que va mas lejos i no tiene descanso, ni hora, ni momento, ni idea, que no sea destinado al servicio de sus hermanos en la humanidad. A él segun el unánime testimonio de sus feligreses, quienes a una voz preconizan sus virtudes, se debe la reedificacion de la iglesia que aseguran no existia cuando obtuvo aquel beneficio, a él las mejoras materiales del lugar, a él uno de los catastros bien arreglados que hai en la República: él ha contribuido poderosamente al mantenimiento de la paz i la moral, que se hacen notar en Vergara: él en fin, no satisfecho con todo esto, no satisfecho con la enseñanza moral que difunde i de que es un declarado, no contento con fomentar el cultivo intelectual de su pueblo, con cuyo objeto ha rejentado gratuitamente largo tiempo la escuela, se ha consagrado al estudio de la medicina para aliviar a los desgraciados i proporcionarles de valde remedios i consuelos en sus enfermedades. Hombres apóstólicos como el Dr. Fernández, verdaderos pastores i padres de sus pueblos, que prescinden de sí mismos para mirar solo el bien i la salud ajenos, no tienen mas recompensa que el respeto i el amor de todos. Por esta razon es que escribimos estas líneas i las damos a la luz pública.

Al terminar estas líneas inspiradas por una viva gratitud patriótica, no podemos menos que recomendar al Ilmo. i dignísimo señor Arzobispo el mérito del sacerdote cuyo justo elogio hacemos. La aprobación de su digno i virtuoso Prelado debe alentarlo en su afanosa labor i producir un estímulo que dé mui benéficos resultados.

Bogotá, 29 de setiembre de 1859.

Miguel S. Uribe.

Las ruinas de Edúmea.

Este es el cántico lúgubre que haréis resonar; las hijas de las naciones lo repetirán.

EZEQUIEL CAP. XXXII, v. 11. 32.

CANTO PRIMERO.

Nos dicen vuestras Santas Escrituras
Que oyeron con terror los idúmeos
Una voz formidable que gritaba
En las cavernas lóbregas del viento,
Con el eco medroso i prolongado
Que en negra tempestad arrastra el trueno:—
“Toda empapada en sangre está mi espada
Allá pendiente en el lejano cielo.
Con que vuelva mi brazo la Idúmea
De mi justicia eterno monumento—
I serán sus familias desoladas—
I serán sus alcázares soberbios
DÉ mil nocturnas aves la guarida
Dónde criará el Erizo sus hijuelos.
No hallarán en la serie de los siglos
Sus ruinas venerandas los viajeros,
Ni en sus prados verá ni grama, ni agua,
Cuando asista a sus bandas el camello:
Solo en sus hondas cuevas tenebrosas
Jemirán los chacales i los cuervos.”—
Tendió el cordel el DIOS de las naciones
Para destruir su templo i monumentos,
I sus ruinas quedaron niveladas.
I toda la rejion hecha un desierto—
Ya no hai reyes, ni príncipes, ni jefes,
Ni palacios; ni pórticos egrejos:
En sus murallas crecen los zarzales
Los derruidos alcázares cubriendo:
Allí se ve rastrear a las serpientes,
En las sombras rondar a los mochuelos,
I se escucha cantar a la zumaya
Con voz doliente i pavoroso acento.
“Descended a los antros mas profundos,”
Esto dice el Señor de los ejércitos
Que cruza lentamente majestoso
Sobre las alas del cansado viento—
Dedan oyó su voz; i sus palacios
Se vieron retremir en sus cimientos,
Sus pobres moradores a las selvas
Temiendo su furor fueron huyendo,
Dando al aire revuelto con pavora
Sus gritos, sus sollozos, sus lamentos.
“Será destruido i lleno de anateras
El pueblo de ESAU..... i será desierto;
Porque juré qu BOSRA al fin vería
De su aniquilamiento i juicio el tiempo:
I será de los hombres insultada,
E insultada tambien será del cielo;
I a eterna soledad reduciránse
Sus hermosas ciudades con sus templos
I aunque aleéis; oh habitantes! vuestros nidos
Mas altos que las grullas no por eso
Dejaré de humillaros en la tierra,
Porque hice de destruirlos juramento
I no hallarán sus ruinas pavorosas
Ni el bruto, ni las aves, ni el viajero;

Las fieras no querrán en sus recintos
Sus cuevas fabricar..... con triste acento
Llorará la zumaya, remontada
En sus ruinas cubiertas de ortigueros,
El delito del pueblo ya destruido,
La cólera del Dios de los ejércitos,
Eterna soledad serán sus valles;
Poblarán las serpientes su desierto;
La tierra de impiedad será llamada”.....
Esto dijo el Señor de los ejércitos—
—Oid la voz del cielo que retumba
De grieta en grieta i clama contra el pueblo!—
—Parece que se escucha en sus escritos
Resonar aun lánguido en el viento
Este grito que arrastra en el ambiente
Sus formidables i espantosos ecos.

Cuentan que las aisladas caravaas,
Que visitan los valles de sus términos,
Se apartan espantadas, cual del borde
De ignívomo volcán que vése ardiendo:
Solo Volney logró de esas rejiones
Visitar los derruidos monumentos,
Que soberbios, en tiempo inmemorable,
Levantaron allí los idúmeos,
I que fueron de pronto demolidos
Por el soplo invisible del Eterno.

Allí reina el espanto i el peligro
La soledad funesta i el misterio,
I en medio de sus ruinas ignoradas
Parece resonar algun acento
Que lleva a las colinas la plegaria
Del ángel tutelar de ese desierto.—
Sus escombros cubiertos de cenizos
I teñidos en sangre son siniestros:
De trecho en trecho dizque se contemplan
Despojos de un botín que repartieron
Los hijos de ESAU del peregrino
Que pudieran robar en el desierto.
En las treinta ciudades arruinadas
Los árabes encierran sus camellos
Que cargan los bolines que arrebatan
Al viajero infeliz en un momento—
Desgraciado el que pisa sus escombros!
Maldita está esa tierra por el cielo—
Las huellas que estampó sobre la arena
En su afanosa ruta algun camello
Hacen venir siguiendo el ancho rastro
Leopardos i chacales mui hambrientos....

La voz del SEÑOR clama en sus recintos
Con formidables i espantosos ecos:
“La tierra de impiedad será llamada,
Poblarán las serpientes su desierto,
I nunca se alzarán sobre sus ruinas
Mas palacios soberbios, ni mas templos.”

I cumplióse la santa profecía—
La Idúmea quedó hecha un desierto;
I sus negros escombros espantables
Predican la justicia del Eterno
Que con solo tender una mirada
Alcázares derriba i monumentos.
En las noches ardientes, procelosas
Se escucha siempre rebramar un trueno
Semejante a la voz estremeciente
Del poderoso Dios de los ejércitos
Perdida en las calladas soledades,
Que escuchan con pavor los idúmeos.....

San Antonio, marzo 24 de 1859.

Alejandro Briceno.